

te con las leyes penales y con sus obligaciones. Quisiéramos también que continuara esa publicación, pues sobran hechos notables que relatar; y sobre todo, quisiéramos que á ejemplo de Cuéllar, otros escritores en los diversos puntos de la República en que han tenido lugar hechos memorables, particularmente de soldados rasos ó de oficiales subalternos, no los dejaran en el olvido, sino que prestaran á su país el servicio de inmortalizarlos en la forma que Cuéllar tan felizmente ha escogido. Estas historietas, especialmente si están ilustradas, llegan á ser mas conocidas que ninguna otra leyenda, y apenas la canción popular puede alcanzar igual simpatía

Hemos concluído la revista de las publicaciones literarias de Méjico. Como se habrá visto, hemos procurado dar á conocer el carácter de cada una de ellas, y hoy se nos permitirá recapitulando, llamar la atención de los lectores sobre un hecho importante. Examínese con cuidado cada escrito, y se verá que cada literato mejicano cultiva un género diferente. Aquel, la leyenda romanesca; éste, el artículo de costumbres; el otro, la narración histórica; el de aquí,

la conversación como los franceses; el de acullá la descripción; algunos la crítica teatral, otros, el cuento del soldado. Hay quien maneje la sátira política, hay quien se consagre al estudio social y filosófico, hay quien haga indagaciones curiosas sobre la historia antigua, y no falta quien pueda desempeñar con maestría toda clase de trabajos, como Ramírez.

Pero no se imitan servilmente unos á otros, sino que todos propenden á sobresalir en un género determinado y á ser útiles al pueblo, en cuyo favor han emprendido su tarea.

Llegando hoy á los versos vamos á ver cómo también se han iniciado diferentes géneros de poesía, consagrándose por grupos los jóvenes á su cultivo, y dando así mayor interés á los trabajos. Pero esto se dirá al tratar de las *veladas literarias*.

IV.

Las *veladas literarias* se han suspendido á causa del teatro y de otras circunstancias puramente de actualidad; pero no han muerto; ni podían morir, teniendo todos los elementos de vida propia que se necesitan para que una ins-

titución se establezca y prospere. El lujo, que nos hizo temer por ellas al principio, en nada les perjudicó, habiéndose convenido todos los hermanos en verlo con indiferencia. El lujo llegó á ser inofensivo.

Pero aunque suspensas tales reuniones literarias, el movimiento que en ellas se dió á los estudios, ha producido los resultados que se estan viendo y que crecerán cada día.

En las seis últimas *veladas* se clasificaron ya los géneros de poesía, y cada grupo se consagró al ramo que le era más agradable con preferencia á los demás. Nuevos jóvenes ingresaron en la reunión, y apenas hubo *velada* en que no tuviese que mencionarse una *alta*, lo cual indica que nuestro objeto, que era el de estimular á la juventud, estaba logrado completamente.

No pasaremos revista una por una á todas las reuniones que tuvieron lugar. Esto sería inútil, y tendríamos que repetir á cada paso la descripción de los salones, de las luces, de los pasteles y de los vinos, cosa que ninguna utilidad trae á los lectores, y en que nuestra pluma no encuentra grata ocupación.

Sólo dejaremos consignado, que los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre estuvieron espléndidos y fastuosos al recibir á los literatos en sus casas magnificas de la calle de Donce-

les y de la Palma, y que en esas dos noches se hicieron conocer los jóvenes D. Martín Fernández de Jáuregui con un romance de costumbres intitulado *El Coleadero*, D. Gonzalo Esteva con una poesía ligera y graciosa, cuyo título es *Tú y yo*, y Esteban González con su hermosa Introducción á su leyenda de Granada, que tan aplaudida fué.

La primera de estas composiciones está publicada ya en el *Semanario*. El joven Dr. Peón leyó también por primera vez una bella poesía, que no tenemos en nuestro poder, el Dr. Frías y Soto su canto *La Caridad*, y el joven estudiante D. Roberto Esteva sus octavas *Ensueños y realidades*.

De los antiguos, Alfredo Chavero recitó *La limosna de los ricos*, composición cuyo carácter agradó mucho.

Manuel Sánchez Facio su bellissimo soneto *Maria*, José Rivera y Río su invectiva *Corazonces blindados* y su delirio *Dolor supremo*.

Joaquín Tellez su precioso y original soneto *A Clara*, que ha merecido los honores de ser repetido tres veces.

José María Ramírez su delirio filosófico *Pensamientos y doblones*.

Y Justo Sierra su linda canción *Playera*.

Riva Palacio recitó varios pequeños roman-

ces populares que él cultivaba con el objeto de imitar el estilo de los romances moriscos, que por su soltura y sencillez son fáciles de aprender al pueblo á quien los consagra.

Peredo leyó su *Consortio imposible*, que ya se publicó en un cuaderno de las veladas y que mereció, como el soneto de Téllez, los honores de ser recitado varias veces en diferentes noches.

Mateos su precioso juguete *Su imagen, mi sombra, y yo*, que también fué repetido.

Julián Montiel sus quintillas á Josefina, inspiradas por la amistad y la ternura.

Y Guillermo Prieto, haciendo sonar su lira pindárica, nos recitó *Eter y ensueños*, y *Flores marchitas*.

A las dos veladas fastuosas de Riva Palacio y de Martínez de la Torre, se siguieron dos muy modestas; la primera que tuvo lugar en la casa de Alfredo Chavero y para la que invitaron él y Juan A. Mateos, y la segunda en el entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante, para la que invitaron Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo

Con todo, en la primera, que se dió con el objeto de introducir la reforma en las reuniones

literarias, todavía hubo una modestia demasiado confortable. En los saloncitos había hermosos tapices, elegantes muebles de *reps*, estilo imperial, en las ventanas lujosas cortinas, en las paredes magníficos cuadros y espejos, y en el centro mesas cargadas de libros magníficos y costosos. Todavía en una pieza inmediata se mostraba una mesa, en la que sólo se había suprimido el mantel, pero que estaba llena de pastelería, de confituras y de exquisitos vinos españoles y franceses. Todavía se hicieron libaciones en honor de las musas con *champagne* y *Jerez seco*, y todavía se hizo el ponche con *kirsch*. Movieron la cabeza algunos, diciendo: *Esta no es aún la reforma*; pero, en fin, como estaba convenido que los hermanos estaban en libertad de hacer lo que pudiesen, la noche se pasó alegremente y la literatura ocupó una gran parte de ella.

Esteban González leyó el primer canto de su poema heroico *Zaragoza*, José Rosas leyó también algunas de sus bellísimas composiciones; Enrique de Olavarría, que no saca á luz sino de cuando en cuando las hermosas perlas de su rico talento, nos mostró una en esta vez que fué admirada de todos; algún otro leyó unas octavas de arte menor intituladas *Los naranjos*, de un género descriptivo, y que según oímos, pa-

recieron estar al nivel de la temperatura [entonces estaba muy ardiente,] y por último, Joaquín Alcalde se encargó de leer los primeros capítulos de esa novela de Riva Palacio que acaba de publicarse *Calvario y Tabor*, y que entonces estaba comenzando á escribir.

La segunda *velada* sí fué de reforma. Los bohemios que se encargaron de ella, escogieron para recibir á sus amigos la casa de otro bohemio, que entonces vivía an el mencionado entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante que hoy ocupa el ministro de Gobernación. Esa habitación estaba entonces desnuda y escueta. Era un verdadero zaquizamí de estudiante. La describiremos tal como estaba esa noche.

El suelo de la sala no tenía alfombra, sino que los prosaicos ladrillos se ostentaban en toda su belleza, no teniendo otro mérito que el de estar barridos y limpiecitos. Cuatro docenas de sillas blancas de pino, eran los asientos de los concurrentes. Sendas estampas representando al Dante, al Taso, á Shakespeare y á Milton, estaban pegadas en las paredes con pequeños clavos; una mesa humilde ocupaba el centro, en la que, al derredor de una lámpara se veían una edición de la *Iliada* y la *Odisea*, y una del *Quijote*. En los rincones, pobres columnas con candelabros, donde ardían velas esteá-

ricas; porque, eso sí, había mucha luz, como que costaba poco. En un lado de la pared, una pirámide de libros en que estaban confundidas *La Jerusalem libertada*, *Las Luisiadas*, *El Paraíso perdido*, las obras de Rousseau, las obras de Gilbert, las canciones de Beranger y las obras de nuestro Rodríguez Galván; en fin, todo recordaba allí á los poetas y á los literatos, la pobreza y el infortunio de los más grandes ingenios de la tierra.

Agustín Siliceo para poder amenizar la tertulia, fué á traer un modesto piano de alquiler en el que tocó sus hermosas composiciones, alternándolas con otras en que brilla su destreza como ejecutista.

Este mismo Agustín leyó en primer lugar, por vía de introducción, un pequeño discurso en que hablando de la humilde recepción que se hacía allí á los concurrentes, acostumbrados á las grandezas de las veladas anteriores, los invitaba á pasar á la casa de Fulcheri, si por ventura no quedaban contentos con aquella bohemia. Se acogió con grande júbilo y alegre risa este discurso insolente, y prometió cada cual moderar sus instintos gastronómicos y tener estómago de anacoreta.

En efecto, tal se necesitaba, porque en otra piecinita contigua se podía ver una mesa pe-

queña y limpia, pero no llevaba sobre sí más que algunas grandes tortas de pan blanco, algunas botellas de manzanilla y de cognac, y una tetera, limones, azúcar y agua.

Con todo esto, que era capaz de aterrar á los que, iliteratos, sólo iban á tributar culto á Baco y á Ceres, los hijos de las musas se mostraron contentos como pocas veces; aquella pobre provisión desapareció en el instante, pero ni produjo indigestiones ni excesiva alegría, sino un entusiasmo tranquilo y cordial. Verdad es que en las veladas anteriores tampoco pudieran haberse notado excesos de ningún género; pero sí se advertía, que una vez pasados los placeres de la mesa, los convidados iliteratos escurríanse callandito, produciendo con su ausencia cierto vacío, y contagiando con su ejemplo á los demás.

Por otra parte, la riqueza y abundancia de los manjares, la variedad de soberbios vinos y las finezas de los Anfitriones, acababan por poner pesados los estómagos, nublados los cerebros, y los corazones más tiernos de lo que se necesita para sentir las bellezas de la poesía. La discusión literaria no era posible después de la mesa; el final de las veladas se iba pareciendo al final de las *posadas* ó de los banquetes de *tívoli*, y la dignidad personal de los concurren-

tes pobres, que eran los más, sufría con esa ostentación de lujo, que sería un obsequio para ellos, pero en que entraba por mucho un sentimiento distinto del amor á la literatura y del cariño hacia los literatos.

De modo que en la velada de Ramírez y de Siliceo, se disfrutó de bienestar, y los bohemios de las letras se sintieron como en su propia casa. La reunión se prolongó hasta las altas horas de la noche, y todavía los concurrentes se dispersaron recitando versos y riendo alegremente.

A falta de tapices, de espejos y de galantinas y licores, hubo algo mejor, hubo la lectura de composiciones notabilísimas, y que indicaban ya un adelanto y un empeño que sorprendieron. Justo Sierra leyó su magnífica poesía *Dios*, en que su lira hizo oír los acentos sagrados de la oda antigua, en que su pensamiento, dejando las esferas limitadas de la tierra, se remonta como una águila á los espacios infinitos, para encontrarse frente á frente de la inmensidad y para sentir el aliento omnipotente del Sér Supremo, revelando su existencia de súbito ante el espíritu que osara interrogarle y dudar.

Esta composición ha sido publicada ya en el cuarto cuaderno de las veladas.

Alfaro, otro poeta inspirado y correcto, leyó también otra composición *A Dios*, que no es

indigna de ponerse al lado de la de Sierra, aunque tiene un carácter diverso, pero en la que se notan un gran sentimiento é ideas profundas y originales.

Manuel Paredo leyó un artículo ingenioso y lleno de intención, que remitió José T. de Cuéllar de San Luis Potosí; Joaquín Téllez recitó sin perturbarse, fiado en esa memoria asombrosa que tiene, una de sus más preciosas composiciones serias: un joven que ingresaba por primera vez á aquella reunión, como Alfaro, Rafael Zayas, veracruzano, y por lo tanto fogoso y atrevido, recitó también unos versos en los que si no se advertía una gran destreza en el idioma, sí había gran sentimiento. Zayas ha residido en Europa, y especialmente en Alemania; mucho tiempo se ha consagrado con asiduidad y con gusto al cultivo de esa rica y hermosa lengua, y de esa grandiosa y profunda literatura, y no es de extrañarse que al volver á su país, del que salió todavía niño, conserve aún su acentuación alemana é ignore los secretos de la lengua castellana, que sólo se conocen con la práctica y la lectura de los clásicos. El aprendió el alemán y residió en Prusia en un tiempo en que las impresiones que se reciben quedan grabadas más hondamente que las que vienen después; pero su juventud le pone aún

en facilidad de poder manejar su lengua con fluidez y corrección, y si á eso se añade su gusto decidido por la literatura, no dudamos de que progresará pronto.

Entretanto, lo excitamos ya que él posee afortunadamente un conocimiento que falta aquí, como es el idioma alemán, á que haga estudios sobre los grandes escritores alemanes, traducciones de aquellas obras maestras que apenas conocemos, con lo cual prestará un servicio inmenso á la literatura mejicana, porque se enriquecerá con nuevos monumentos. En esta tarea, apenas sabemos de algunos trabajos que se hayan emprendido antes de esta época, por el joven Martínez de Castro, que murió heroicamente combatiendo con invasores americanos en la guerra de 1847. La muerte segó en flor esta vida llena de esperanzas y que tanta gloria hubiera podido dar á las bellas letras de Méjico. En la actualidad sabemos también y nos consta que el ilustrado y eminente literato D. José Sebastián de Segura, se dedica á traducir algunas célebres composiciones de los mejores poetas alemanes, habiendo concluido ya *La canción de la campana*, de Schiller, que en opinión de los que saben, es superior á la traducción de Hartzbusch bajo todos aspectos, lo que nos hace desear que su autor la publique cuanto an-

tes. Hoy trabaja en poner en versos castellanos el *Buzo*, del mismo gran poeta, y confiamos en que el desempeño quedará al nivel del anterior.

La poesía y literatura alemanas son hoy nuestro sueño, y por eso excitamos á Zayas á que trabaje también en hacerlas conocer. Por nuestra parte, y deseando contribuir con nuestro humilde esfuerzo á esa obra, y desconfiando de las traducciones francesas que, como se sabe, no brillan por su exactitud, no podemos hacer por hoy otra cosa que consagrarnos con tenacidad y con empeño al estudio del idioma alemán. ¡Ojalá que podamos el año entrante publicar la serie de estudios que nos proponemos, que aun siendo inferiores, como deben esperarse de nosotros, servirán para estimular á la juventud.

En la velada de que estamos hablando, se leyeron todavía otras composiciones dignas de atención; y para concluir, el Nigromante ocupó la silla y se puso á recitar unos tercetos, esos tercetos que no hay nadie que haga como él y que se escuchan sin perder una sílaba. Ellos eran una especie de contestación al discurso que leyó el Sr. Martínez de la Torre en la velada de su casa, y que se publicó en el cuarto cuaderno. El Nigromante lo anunció así, diciendo que ese discurso le había inspirado su composición, y se puso á recitarla con su gravedad de cos-

tumbre, que hace siempre perder á los demás la suya. Ya se podrá concebir cómo era la tal composición, y sólo diremos que á las risas y á los aplausos generales se agregó hasta la risa y el aplauso del mismo Martínez de la Torre, que no pudo mantener su seriedad al oír á Ramírez poner en caricatura sus ideas. Es lástima que Ramírez no quiera darnos todas estas piezas, que llenarían de gozo á los lectores, sino que las reserve á un círculo de escogidos.

Esta velada de la pobreza ha servido de ejemplo para que los demás bohemios no se retraigan de hacer sus reuniones por el temor de no poder recibir en salones espléndidos y ofrecer una cena de Baltasar.

Es preciso decir que los amigos de la literatura concurrirán con mayor gusto á una habitación humilde que á un palacio iluminado con mil luces, y que tomarán con más placer una tacita de té, que esas *cráteras* de hirviente licor que embriagan á las musas; es decir, que irán mejor á la casita de Horacio que á la *villa* de mármol de Lúculo; á la guardila de Cervantes, que al palacio del conde de Lemos. Hasta es más propio eso y más digno. De otro modo, si nosotros no hubiésemos manifestado á tiempo nuestro desagrado, habríamos acabado por andar de casa en casa de los grandes, cargando el

laúd, como los trovadores de la Edad Media andaban de castillo en castillo, divirtiendo á los ricos-homes en la sobremesa y recibiendo buenas comidas en cambio de cantares. Parece que nosotros no tenemos necesidad de apelar á estas industrias, y que haremos muy bien en no reunirnos sino en casa del amigo rico ó pobre, pero que no haga esfuerzo para recibirnos. Que no se diga de nosotros lo que el sarcástico Labé-dolier dice en su artículo *El poeta*, de algunos versistas á quienes se sirve en las soirées después del café y á guisa de refrescos.

Sobre todo, que se otorgue á la literatura una protección verdadera, porque el lujo de las "veladas" no conduce á nada útil, y mientras que en dar de comer y de beber á los literatos, en una noche se gastan quinientos ó mil pesos, no hay fondos para hacer las publicaciones, los gastos de edición no se recompensan, y los jóvenes autores guardan sus manuscritos por falta de medios para publicarlos.

Por lo demás, estas reuniones, como quiera que hayan sido, han producido un movimiento intelectual notable, como lo hemos notado al principio, y aunque amamantada con *champagne* y mantenida con manjares temibles, la literatura no ha tenido la desgracia de atragantarse, y ha renacido.

Las dos últimas veladas tuvieron lugar en la casa de Schiafino y en la casa de Riva Palacio otra vez, como presidente de la Asociación Gregoriana, que fué la que invitó.

Nos detendremos un poco para hablar de la primera.

Schiafino reunió á los literatos en su casa, no á fuer de hombre opulento, sino á fuer de amante de las letras y de las artes, cualidad que nadie puede negarle, porque á un talento distinguido reúne una instrucción nada común, y un gusto refinado y exquisito que posee por naturaleza, y que ha tenido tiempo de cultivar en sus viajes por Europa. El concurría además á las *veladas* con anterioridad, y eran muy dignas de oírse sus apreciaciones sobre los trabajos literarios que se daban á luz, de modo que si él aun no había contribuido con su contingente, escribiendo artículos que nosotros y sus amigos todos sabemos que tienen originalidad y gracia, sí había sido útil en nuestro seno con las observaciones de su buen sentido y de su gusto delicado.

Esta velada estuvo concurridísima. Se sabe en Méjico con cuánta caballerosidad y con qué tacto Schiafino sabe hacer los honores de su casa. Tal cualidad no es tan común como podría creerse, y millonarios hay que darían algo

por tenerla, porque sucede generalmente que se disponen un palacio en el que se descubren por donde quiera las desgraciadas combinaciones de la necesidad enriquecida, y que el amo de la casa representa ante sus invitados las escenas del *Bourgeois gentilhomme* de Molière, corregidas y aumentadas. En materia de *soirées* de especiero, Méjico es fecundo, porque aquí el dinero y la posición no suelen andar de acuerdo con la inteligencia.

Schiafino se distingue por su excelente gusto. Su hermosa casa de la calle del Cinco de Mayo fué la señalada para la reunión. Esta casa es la que se conoce generalmente en Méjico con el nombre de *casa pompeyana*, y bien merece ser descrita, aunque sea de paso.

La calle del Cinco de Mayo ha sido abierta nuevamente, rompiendo parte del edificio que había servido de colegio de jesuitas, llamado La Profesa. De entre esas ruinas salió esa calle espaciosa y bella, que desemboca por un extremo en la de San José el Real y por el otro en la de Vergara. A los dos lados de la calle se construyen hoy elegantes edificios de gusto moderno y que los propietarios se afanan por embellecer. Una doble hilera de fresnos y de esos pequeños y alegres arbolillos que se llaman "tróenes" por los franceses (la alheña de los es-

pañoles), extendiéndose á lo largo de la nueva calle, le da un aspecto completamente europeo. En concepto de todos, la calle del Cinco de Mayo, inaugurada por el Ayuntamiento en Mayo de este año, va á ser una de las más hermosas de la capital.

La *casa pompeyana* está situada en el lado Norte de la calle, y cerca del extremo que termina en San José el Real. No hay que buscar en ella el plano del viejo Vitruvio, que era el dominante en las construcciones pompeyanas, según dicen los viajeros. La casa es un verdadero capricho en que se mezclan agradablemente el gusto francés y el gusto antiguo. Por ejemplo, no os encontráis luego con el *vestíbulo* para penetrar á la casa, sino con una reja de hierro y una puerta, como se usan en las casas de recreo inglesas y francesas. Para que el aspecto fuese rigurosamente pompeyano, era necesario que hubiese este *vestíbulo*, que daba por decirlo así, aspecto á los edificios romanos, y además era preciso que apareciese sobre el pórtico con letras rojas el nombre del dueño de la casa.

El patio no es el *atrium* antiguo, sino un patio moderno, porque está á descubierto, según el uso actual, al contrario de aquel, que tenía techo, cualquiera que fuese el género á que perteneciera, porque Vitruvio señala varios, y lo